

El misterio del templo de Kinich Kak Mo en Izamal

Dr. Manuel Aguilar Moreno

Todavía existen muchas preguntas sin respuesta referentes a la civilización maya, pero podemos afirmar que indiscutiblemente la arquitectura maya tiene sus propias formas y leyes. Es sin lugar a dudas una forma de expresión original, con variaciones regionales que crearon ocho estilos básicos: Petén, Río Motagua, Usumacinta, Palenque, Río Bec, Chenes, Puuc y Maya-Tolteca. A pesar de las diferencias estilísticas, el arte maya tiene un extraordinario sentido de unidad. Se usan en todas partes los mismos elementos constitutivos: escalinatas, pirámides, máscaras como decoración de fachadas, las bóvedas y arcos “falsos”, plazas y acrópolis, y juegos de pelota.

El arte maya tiene fuerza inspiradora y estética, posee gran refinamiento ornamental, genera dinámicos contrastes de luz y sombra que lo hacen singular en la historia. Uno descubre la disciplina de la voluntad impuesta por el Hombre sobre la naturaleza, un carácter de dominio absoluto y orden implacable. Tal parece que la total energía del pueblo maya estaba invertida en sus edificios, los cuales continuamente eran ampliados y decorados.

La sensación de poder emanada de las vastas explanadas y las ciudadelas artificiales, cuyos edificios con sus elevados santuarios con crestería dominaban la exuberante selva, produce una aplastante impresión y un sentimiento espiritual en el ser humano. Se crea entonces el paisaje sagrado que motiva emociones misteriosas y sobrenaturales.

Encontramos un sentido de grandeza, jerarquía y geometría que revela una estética racional y sobrenatural. Algunos consideran las creaciones mayas como abrumadoras, opresoras y tiránicas, mientras otros son más sensibles a las puras dimensiones, su amplia escala y ritmo dinámico.

Muchos experimentan un gran asombro y en ocasiones incompreensión cuando se confrontan con esta civilización. Nuestros términos de referencia y nuestros cánones artísticos no funcionan ante ella. La estructura básica de las civilizaciones mesoamericanas es totalmente distinta de la nuestra, pero debemos aceptar que los mayas dejaron obras de arte y de arquitectura sin paragon. Su perfección prueba que las leyes de la estética juegan totalmente su papel aun en un mundo cuyos criterios básicos son diferentes a los nuestros.

La arquitectura maya es una metáfora del orden cósmico donde las pirámides son recreaciones de las montañas que proveen el fuego y el agua necesarios para el sustento de la vida humana.

En este sentido, las pirámides son los elementos visibles del “Axis Mundi”, son los fundamentos del “Árbol del Mundo o de la Vida” en cuyos santuarios en lo alto, los

shamanes hacían los rituales de comunicación entre los hombres en la tierra, con el Inframundo (ancestros) y el Cielo (reino de los dioses).

En Izamal, la ciudad santa de los mayas de Yucatán se erigió uno de los más importantes santuarios del Continente Americano: la pirámide de Kinich Kak Mo. Del resto de los edificios, unos doce “muy cerca unos de otros”, solo persisten las plataformas inferiores y como están cubiertas de vegetación, los campesinos les llaman “cerros”.

En el segundo edificio más alto llamado P’ap’hol-chaák, los franciscanos encabezados por fray Diego de Landa, construyeron un imponente monasterio. La magnitud de éste demuestra la urgente necesidad de los monjes en transformar uno de los principales lugares mesoamericanos de peregrinaje en un también impresionante centro religioso cristiano. Este monasterio de Izamal, dedicado a la Inmaculada Concepción tiene el más grande atrio del mundo, después del de la Basílica de San Pedro, en Roma.

Aproximadamente a 400 metros del monasterio, se encuentra la pirámide de Kinich Kak Mo. “Es de tanta altura y hermosura que espanta”, narra Diego de Landa, quien la subió y llegó al templo que se encuentra en su cúspide. Desde allí, Landa contempló “tanta tierra como la vista puede alcanzar”.

Izamal estaba dedicado a Itzamná, la principal deidad de la religión maya. De acuerdo con los cronistas antiguos, Itzamná fue un personaje prodigioso, sacerdote y jefe político de su tribu, quien se estableció en Yucatán. A él se le atribuyen la fundación misma de Izamal y la llegada de la cultura maya a la península, la invención de la escritura, la justa distribución de tierras entre la gente y la creación de leyes. Él estableció un gobierno teocrático que se convirtió en hereditario. La tradición dice que este personaje tenía dones especiales como la predicción del futuro, el poder de curar a la gente y la resurrección de muertos, Itzamná fue deificado a su muerte, enterrada su cabeza en la pirámide de Kinich Kak Mo, su corazón en otra pirámide llamada precisamente de Itzamná o Itzamatul, y su brazo derecho en el edificio denominado Kabul que significa “la mano creadora”. Es interesante notar que la configuración posicional de las pirámides mencionadas corresponde exactamente a la organización de la cabeza, corazón y mano de un hombre boca arriba contemplando el Sol en el cielo.

Itzamná era invocado durante los festivales del Año Nuevo para proteger a la gente y al pueblo contra cualquier tipo de calamidades. También se le invocaba en otro festival en el mes de Uo, en el cual se le rendía culto como dios del Sol y los sacerdotes interpretaban los Libros Sagrados para hacer los augurios para el siguiente año.

La idea de Itzamná como un Dios-Hombre es similar a la historia tolteca de Quetzalcóatl y la de los aztecas que se refería a Huitzilopochtli.

Uno de los significados del nombre Itzamná se refiere a los poderes sobrenaturales que poseía: la palabra *itzam* significa hechicero, brujo o chamán. La otra etimología viene de *itzam*, iguana o lagarto, y *na*, casa. En algunas versiones de la cosmología maya, el mundo se concebía como una estructura donde cuatro iguanas grandes formaban el cielo y las paredes. En 1581 el encomendero Juan de la Cueva escribió que Izamal significaba

“lugar de iguanas” y en el diccionario maya de Viena, la palabra “itzam” es equivalente a “lagartos como iguanas del cielo y la tierra”.

Este reptil, visto como un monstruo cósmico, es similar al lagarto deificado, Cipactli, de los aztecas; es la tierra la que emerge de un lagarto o caimán que vive en el mar primordial. También en el Códice Borgia, el lagarto simboliza la tierra. De este modo, Itzamná es solo uno de los muchos nombres que tiene el dios-creador y no es extraño encontrar esa multiplicidad de denominaciones del dios-creador entre los diversos grupos mesoamericanos.

Gracias a la comparación de Itzamná con sus deidades equivalentes en la cosmología nahua, estableceremos algunas relaciones que nos permitirán entender mejor de la razón de la sacralidad de Izamal.

Siendo el dios más importante de la religión maya, Itzamná tiene los más diversos nombres y atributos. Se le representa como un anciano calvo con cara arrugada, mejillas flácidas, prominente nariz ganchuda, y dos únicos dientes que salen de su boca. Itzamná es prácticamente idéntico al dios-viejo de los nahuas, Huehuetéotl, quien es también el dios del fuego y del tonalpohualli conocido como Xiuhtecuhtli. Él es también el dios del sustento con el nombre de Tonacatecuhtli, “dios de nuestra carne”, y el dios de la dualidad, Ometéotl, quien vive en el decimotercer cielo, el ombligo del mundo.

La imagen de un anciano simboliza el poder creador de modo ilimitado y duradero. Es interesante recordar que también Dios Padre ó el Padre Eterno del Cristianismo se representa como un anciano. Las representaciones de Itzamná, Huehuetéotl y del dios-viejo del fuego son muy similares entre los diferentes grupos mesoamericanos. En las antiguas culturas de Colombia, Ecuador y Perú, encontramos imágenes del dios-creador que presentan un parecido cercano a los de los mesoamericanos. Esto podría explicarse a través de los contactos marítimos a lo largo de la costa del Pacífico del Continente Americano..

Itzamná, como Ometéotl, fue el “Dios Padre, creador de los seres humanos y de todo cuanto existe”, usando las palabras del informante campechano de fray Bartolomé de las Casas. Entre las diversas formas de Itzamná, sobresale la de Kinich Kak Mo. La guacamaya (*mo*) es nahual del Sol, como lo son el colibrí y el águila entre los nahuas. La gran pirámide de Kinich Kak Mo en Izamal era el templo dedicado a la manifestación solar de Itzamná. Estuvo especialmente orientado a la curación de enfermos del mismo modo que algunos santuarios de la antigua Grecia y del mundo cristiano actual. Durante las grandes peregrinaciones, los devotos eran testigos del milagro de la transformación del dios en una guacamaya de fuego que descendía del cielo a las 12 del mediodía y encendía el fuego ceremonial.

Kinich Kak Mo era otra denominación (advocación) de Kinich Ahau, “señor del ojo o cara solar”, dios del Sol. Landa usa el nombre de *Kinich Ahua* como un epíteto de Itzamná, lo cual nos ayuda a entender la unidad fundamental de la suprema deidad (dios-viejo del fuego) con algunas de sus manifestaciones. No debemos olvidar que el Sol es llamado kak, “fuego”, en algunas lenguas mayas. El Sol, como es natural, tiene una

conexión con el fuego; el Sol-Guacamaya descendía y encendía el fuego en lo alto de su pirámide de Izamal.

Él desciende precisamente en el cenit, donde está su casa y que es la misma de Ometéotl entre los nahuas. Él baja por la quinta dirección, el eje vertical que es el cordón umbilical que pasa a través del centro del cosmos. Hay una analogía importante: el águila nahual del Sol entre los nahuas como lo es la guacamaya entre los mayas, desciende desde el cenit, el treceno cielo; se para sobre un nopal, árbol de los corazones humanos para establecer el pacto con los aztecas. Esto es el símbolo representado en nuestra bandera nacional. La analogía con el ritual del Sol en Izamal es evidente, pues aquí se conmemora la bajada de la guacamaya, nahual del Sol y su posicionamiento sobre la ceiba o la planta del maíz que representan el Árbol del Mundo o “Axis Mundi” que conecta el cielo, la tierra y el inframundo. La pirámide es la recreación visible de la montaña donde el Árbol del Mundo está en el centro del Cosmos.

Izamal, ciudad del dios creador, “meca” de los peregrinos mesoamericanos ansiosos de recuperar su salud en el extraordinario santuario de Kak Mo, es todavía un importante lugar sagrado dentro del contexto del sincretismo cristiano. Se recuerda como el lugar donde ocurría el milagro de la guacamaya sagrada.

A continuación, vamos a profundizar en el concepto de la guacamaya como nahual del Sol. El Popol Vuh, libro del génesis quiché, presenta a un misterioso personaje llamado Vucub-Caquix (siete-guacamaya) que participa en las luchas cósmicas entre los héroes mitológicos, dioses y monstruos. Él juega un papel como el de Lucifer en la Biblia. La narración original nos dice: “La superficie de la tierra era hermosa, pero no había sol. Sin embargo, había un ser arrogante llamado Vucub-Caquix dijo: ‘...yo soy el sol, la luz, la luna, grande es mi esplendor... para los seres humanos.’ Pero en realidad él no era el sol. Él era sólo un impostor y sólo se vanagloriaba de sus plumajes y riquezas...”.

La importancia de este pasaje que presenta un personaje que se creía el Sol, es que se establece una relación entre el brillo del Sol y el plumaje de la Guacamaya.

Es curioso que solamente en la península de Yucatán sobrevivan familias con los apellidos mayas Mo y Moo, “guacamayas de plumas rojas”. Cuando van encendiendo velas en la pirámide de Kinich Kak Mo en su peregrinaje a Izamal, ellos probablemente ignoran la relación que su apellido tiene con la deidad venerada allí antes de la Conquista.

El oráculo de Izamal atraía multitudes de peregrinos de toda la antigua Mesoamérica: cakchiquiles, quichés, lacandones, yucatecos y diversa gente de Veracruz, Tabasco y del valle de México. Ellos llegaban a la ciudad sagrada de Itzamná por cuatro *sacbeob*, que estaban orientados de acuerdo con los puntos cardinales. Los dos más importantes era el *sacbé* Izamal-Aké, que corría rumbo al oeste y el *sacbé* Izamal-Kantunil rumbo al sur.

Los franciscanos que llegaron a Yucatán en el siglo XVI se enfrentaron al difícil reto de erradicar un culto milenario. Ellos destruyeron el santuario y la imagen del dios Guacamaya que estaban en lo alto del Ku y lo sustituyeron por una cruz cristiana. Actualmente, los peregrinos de todas partes de México continúan acudiendo año tras año

para venerar la imagen milagrosa de la Inmaculada Concepción, conocida como Nuestra Señora de Izamal, en el monasterio fundado por Landa. Después de visitar a la Virgen, los peregrinos suben la pirámide de Kinich Kak Mo con el mismo profundo espíritu religioso que motivaba a sus ancestros y cubren el edificio desde la base hasta lo alto, con velas. Éste es un sorprendente ejemplo del poder de la tradición y el resultante sincretismo religioso de nuestra cultura mestiza.

En el antiguo Yucatán, los sacerdotes del culto solar que tenía su apoteosis en Izamal, se llamaban Ah Kin (el del Sol). Más de cuatro siglos después de la evangelización, su recuerdo persiste y en maya yucateco los sacerdotes católicos son llamados todavía *Ah Kin*.

El ídolo con forma de guacamaya de Izamal desapareció, pero hay muchas representaciones de la guacamaya en el mundo maya. Por ejemplo, los marcadores del juego de pelota de Copán son evidencia de la gran difusión del culto solar en Mesoamérica. Es muy posible que la veneración de los huastecos hacia la guacamaya fuera originada antes de la separación de este grupo mayance del núcleo principal.

Contamos para nuestra suerte con otro antiguo testimonio que identifica al Sol con las plumas de la guacamaya. Esta es la narración del *Milagro de Izamal*, escrita en 1631 por fray Bernardo de Lizana, que dice:

Así mismo [había] un cerro de la parte norte, que hoy es el más alto, que se llamaba Kinich Kak Mo: era la causa que sobre él había un templo y en él un ídolo que se llamaba así, y que significa en nuestra lengua, Sol con rostro, que sus rayos eran de fuego, y bajaba volando la guacamaya con sus plumas de varios colores. Y este dios o ídolo era venerado, y decían que cuando tenían mortandad, o pestes, u otros comunes males, iban a él todos, así hombres, como mujeres, y llevando muchos presente, los ofrecían, y que allí a la vista de todos bajaba un fuego a mediodía, y quemaba el sacrificio, y les decía el sacerdote lo que había de suceder de lo que querían saber de la enfermedad, hambre, o mortandad; y conforme a eso quedaban ya sabedores de su mal, o su bien, si bien veían a las veces lo contrario, y no lo que les decía.

De la misma forma que en la historia de los oráculos en diferentes partes del mundo, los sacerdotes mayas usaban un lenguaje ambiguo que les permitía una gran flexibilidad a veces aparentemente contradictoria al mensaje divino (lenguaje sibilino).

Como hemos visto, Bernardo de Lizana se ha referido al dios Kinich Kak Mo en la misma forma en que el Chilam Balam de Chumayel lo hace. Traduce el nombre mágico: “Sol con rostros cuyos rayos son de fuego” y compara dichos rayos ígneos con las plumas multicolores de la guacamaya. Precisamente cuando el Sol está en el cenit, se produce la intervención sobrenatural en lo alto de la pirámide. Kinich Kak Mo, la “Guacamaya de fuego de rostro solar” baja del cielo a quemar las ofrendas colocadas como sacrificio. Éste es el momento en que el *Ah Kin* adquiere la clarividencia y el don de profecía.

Es interesante comentar que en la Biblia, el profeta Elías es un instrumento de un milagro en el cual un fuego que baja del cielo quema el holocausto. ¡Qué interesante similitud con el milagro de Izamal!

En la descripción de Lizana, es inquietante el hecho de la repetición del milagro de Izamal, pues éste ocurría todos los días a mediodía “a la vista de todos”. Me atrevo a decir que los sacerdotes-shamanes usaban unos pequeños espejos cóncavos de hematita en sus penachos, como los usados anteriormente por los olmecas, y que concentraban los rayos solares haciendo que las ofrendas se quemaran. Éste es un efecto similar al que los lentes de aumento producen. De esta forma, la guacamaya de fuego bajaba del cielo y quemaba el holocausto. El sacerdote del oráculo entraba en trance y predecía el futuro o explicaba la naturaleza de las enfermedades a los asombrado peregrinos.

Basado en la descripción de Lizana, Gutiérrez Tibón en los años setenta pudo establecer una relación entre el uso ritual de las plumas de la guacamaya de los mazatecos de Huautla en el norte de Oaxaca, y el culto a la guacamaya de los antiguos mayas. No existe afinidad lingüística entre los mayas y mazatecos, pero hay costumbres parecidas. La práctica de abluciones rituales en Huautla es idéntica a la que se hace en Quintana Roo. El sacrificio del guajolote colgado y el sortilegio para reintegrar el cuerpo al alma son los mismos en ambos grupos indígenas. Los mayas abandonaron el culto solar de la guacamaya es “choani”, en donde la partícula *ni*, pronunciada en tono bajo significa “rojo”. Los huatecos modernos (mazatecos de Huautla) no tienen claro que la guacamaya es una antigua personificación (nahual) del Sol, el mismo que mencionan en sus juramentos, llamándole todavía “señor”: “Tan cierto como lo está mirando el ‘señor’ que pasa allí”.

El uso imperativo como ofrendas, de las plumas arrancadas a guacamayas vivas traídas desde diversos y a veces distantes lugares, obedece a esa tradición común de mayas y mazatecos que solo ha sobrevivido entre estos últimos debido a su aislamiento geográfico y tenacidad en preservar sus tradiciones.

Las plumas de la guacamaya roja, emblemas de los rayos del sol, son también el medio mágico para invocar agua para la milpa seca. Para reforzar esta idea, recordamos que la cuarta engendradora de la humanidad en el Popol Vuh se llamaba Caquixahá (“Agua de guacamaya”). Así mismo, dichas plumas son esenciales en los rituales mágicos para curar enfermedades y obtener favores de las divinidades.

En nuestras próximas exploraciones de las selvas mesoamericanas, cuando nos encontremos con la guacamaya roja, nahual del Sol, escucharemos en su singular voz algunos pasajes nostálgicos del Popol Vuh, el Chilam Balam y otros libros perdidos, que fueron y son expresiones de sabiduría de nuestros ancestros precolombinos. Nunca debemos olvidar que los sonidos de nuestro pasado milenario están escondidos en el sagrado silencio de los bosques tropicales mayas.